

Cooperación de María a la obra de la salvación  
en la actual teología Evangélica

Por D. Fernández, CMF.

En el diálogo ecuménico entre católicos y protestantes se han ido remontando no pocas dificultades que parecían insuperables. Quedan, no obstante, bastantes obstáculos en el camino de la unión. Uno de estos obstáculos ha sido siempre —y lo sigue siendo— el problema mariológico. Notemos que no es precisamente la figura bíblica de María la que crea dificultades, sino las tesis católicas sobre la doctrina y piedad marianas.

Entre los protestantes no existe una mariología propiamente dicha. María no es considerada en sí misma, sino en relación con Jesús. Por eso la doctrina mariana no tiene sentido para ellos sino en su fundamentación cristológica.

El problema concreto que vamos a tratar —la cooperación de María a la obra de la salvación— no es específico de la mariología. Tiene sus raíces en la doctrina protestante de la justificación por la sola fe. Al rechazar el valor de las obras buenas para la justificación y la mediación de la Iglesia, tienen que rechazar necesariamente la mediación de María y su cooperación a la obra redentora. En la actualidad, no obstante, se han acercado mucho las posiciones católica y evangélica en el problema de la justificación por la sola fe y en el modo de entender la cooperación humana a la obra de Dios. Porque evidentemente la actitud del hombre ante Dios no puede ser meramente pasiva, sino de acogida con fe de la Palabra de Dios. Y esa acogida con fe y la vivencia de la Palabra de Dios, que debe fructificar en buenas obras, reclama la cooperación humana y la mediación de la Iglesia. De esto hablan tanto los teólogos como los exégetas protestantes<sup>1</sup>. Y desde esta perspectiva es también posible una aproximación en las tesis mariológicas, con tal que los católicos sepan presentar con sobriedad y realismo los datos de la Escritura.

La brevedad exigida para esta comunicación nos obliga a ceñirnos al documento reciente de la Iglesia Luterano-evangélica unida de Alemania (= VELKD)<sup>2</sup>. Se trata de un esbozo, pero muy signi-

<sup>1</sup> Cf. O. H. Pesch, *Theologie der Rechtfertigung bei Martin Luther und Thomas von Aquin. Versuch eines systematisch-theologischen Dialogs* (Mainz 1967); Idem, 'La gracia como justificación y santificación del hombre', en *Mysterium Salutis* IV/2 (Edic. Cristiandad, Madrid 1975) pp. 790-878.

<sup>2</sup> 'Maria-Evangelische Fragen und Gesichtspunkte. Eine Einladung zum Gespräch', *Una Sancta* (1982) 184-201. Este documento lo edita la oficina eclesialística de la VELKD (=Vereingte Evangelisch-Lutherische Kirche Deutschlands). Las páginas que se intercalan en el texto se refieren a este documento publicado en la revista *Una Sancta*.

ficativo, de cómo entienden hoy los cristianos evangélicos la persona y la misión de María. Se venía trabajando en este proyecto desde 1979 y ahora presentan un borrador para que los lectores interesados puedan aportar sus reflexiones y puntos de vista. Ha despertado tanto interés entre católicos y protestantes que el Comité central ha dicho que necesita un par de años para elaborar y ponderar el material recibido. Damos un breve resumen de su contenido.

### I.—CONTENIDO ESENCIAL

El documento comprende seis títulos principales con varios subtítulos cada uno. Indiquemos solamente los títulos principales:

1. Los cristianos evangélicos ante la pregunta sobre la madre de Jesús.
2. María en el Nuevo Testamento.
3. La común herencia cristiana: virgen y Madre de Dios.
4. Motivos principales y líneas del desarrollo de la mariología.
5. Particularidades de la mariología católico-romana.
6. Puntos de vista para una comprensión evangélica de María.

Deliberadamente se renuncia a toda polémica en la exposición y se pretende presentar el mensaje evangélico sin prejuicios ni restricciones, pero al mismo tiempo sin las construcciones especulativas que se han añadido a los datos evangélicos. No siempre presentan con exactitud la doctrina católica. Admiten que los protestantes no pueden prescindir de la tradición. Sobre todo la «traditio quinquæsaecularis», la doctrina de los cinco primeros siglos, es norma también para los protestantes (p. 188). Pero el contenido de todas estas tradiciones debe ser juzgado según la norma del Evangelio (pp. 186 y 188).

María ha sido elegida como instrumento de Dios, es decir, para ser madre del Hijo de Dios. Pero ella no se glorifica a sí misma, sino que glorifica a Dios. Sólo Dios la ha elegido y sólo Dios le ha concedido la gracia de ser madre del Salvador. La aceptación de María del plan de Dios no puede reducirse a una actitud meramente pasiva, sino que debe entenderse de una forma dinámica. María se revela como la adecuada respuesta humana a la Palabra de Dios (p. 186).

María es tipo de la Iglesia en dos sentidos: como prototipo (Urbild) y como modelo o ejemplar de la Iglesia (Spiegelbild) (p. 186). Si se admite la concepción virginal de Jesús, esto indica que María estuvo plenamente disponible y abierta a la acción de Dios. Jesús es don exclusivo de la gracia de Dios. María estuvo abierta para esta gracia (p. 187).

Los reformadores rechazaron con toda energía cualquier intento de hacer de María corredentora o cualquier tendencia a divinizarla,

pero admitieron sin dificultad la herencia común de la iglesia antigua: el reconocimiento de María como virgen y madre de Dios (p. 187). Después de explicar con cierta amplitud estos dogmas y señalar el peligro de divinizar a María en la teología católica, pasan a señalar los diversos motivos históricos que han dado impulso a la mariología. Y ante la multitud de títulos, privilegios, y funciones que se han atribuido a María y ante los nuevos dogmas de la Inmaculada y de la Asunción, se preguntan: ¿qué queda de todo esto si lo confrontamos con la norma del Evangelio de Jesucristo? (p. 190).

El documento dedica un largo párrafo a mostrar cómo en la teología católica se ha ido avanzando cada vez más en el proceso de asimilación de María a Jesús: los títulos y prerrogativas de Jesús se han ido aplicando en medida creciente a María: al paralelismo de S. Pablo Cristo-Adán se añade el de Eva-María; Cristo célibe, María, aunque casada, permaneció virgen; a la pasión de Cristo se añade la compasión de María; resurrección de Cristo, asunción de María etcétera (pp. 190-191).

Los autores del documento insisten varias veces en que la glorificación de María comporta también la glorificación de la Iglesia y la divinización de María la divinización de la Iglesia, por eso pueden hablar los católicos de una iglesia infalible (cf. pp. 194 y 195).

La Iglesia católica tolera la tesis de la corredención mariana, aunque no haya sido definida como dogma. Católicos y protestantes estamos de acuerdo en que «sólo hay un Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2,5), pero de hecho los católicos invocan a María como medianera. Según la doctrina protestante, ninguna oración puede ser dirigida a María. La distinción que hacen los católicos de que los santos son invocados y venerados, pero no adorados, es incomprensible para los protestantes (p. 197). La oración sólo puede dirigirse a Dios y Cristo. Esta es la barrera infranqueable que se han establecido de una vez para siempre los Reformadores en relación con los santos y en especial con respecto a María (Ibid.).

#### 1. COOPERACION DE MARIA A LA OBRA DE LA SALVACION

Respecto al tema concreto de nuestro trabajo, aunque toca en diversas ocasiones este punto, el Documento ofrece un breve resumen de la doctrina católica y más adelante hace la crítica. He aquí el resumen:

«El magisterio destaca la singularidad de Jesucristo (LG, 60-Prólogo de MC). «En la Virgen María todo se refiere a Cristo y todo depende de él» (MC, 25). Naturalmente, «la única mediación del Redentor en el ámbito de las criaturas no excluye, sino que suscita una variada cooperación que participa de la única fuente. La Iglesia no duda en atribuir a María tal oficio subordinado, lo experimenta continuamente y lo recomienda al corazón de los fieles para que

apoyados en esta protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador» (LG, 62).

A la cuestión de si María coopera en la redención del hombre por Jesucristo, el magisterio responde afirmativamente. María «ha cooperado con libre fe y obediencia a la salvación de los hombres» (LG, 56). Con su intercesión celeste continúa «alcanzándonos los dones de la salvación eterna» (LG, 62). Puesto que María es prototipo e imagen de la Iglesia, también la Iglesia coopera a la obra salvífica de Cristo: «Esta Virgen fue en su vida modelo de aquel amor maternal, del que deben estar animados todos los que cooperan a la regeneración de los hombres mediante la misión apostólica de la Iglesia (LG, 65)»<sup>3</sup>.

## 2. REPAROS A LA DOCTRINA CATOLICA

La crítica a esta doctrina se centra en estos puntos:

1. Rechazan de plano toda cooperación de María a la obra de la redención y en particular el título de «mediadora» y más aún el de «corredentora». Al invocar a María como mediadora, los católicos admiten que el hombre, representado por María, puede realizar junto con Dios su propia redención, que tiene que dar su propio Sí en la fe a la salvación que nos ha sido dada en Cristo Jesús (p. 195). Para la Reforma, María es el tipo del hombre que pone toda su confianza únicamente en la gracia de Dios. Es Dios quien realiza en nosotros su obra, como en María, sin que el hombre pueda hacer algo propio en orden a su salvación.

La convicción evangélica es que María no tiene una importancia soteriológica propia. Sólo le corresponde un puesto en la obra salvífica de Dios en cuanto que el Verbo eterno de Dios se ha hecho carne y sangre en Jesús de Nazaret (Jn 1,14). Esto presupone el nacimiento de una madre terrena (Gal 4, 4). Pero hay que mantener a toda costa el «solus Christus». En Cristo nos sale al encuentro la absoluta e inmerecida gracia de Dios. En esto reside nuestra confianza y nuestra seguridad. No se necesita ninguna añadidura (Ergänzung), al contrario, cualquiera añadidura haría incierta la salvación ofrecida en Cristo Jesús (p. 198).

2. Se rechaza igualmente con toda energía la invocación a María. Esto sería caer en la idolatría. La distinción de que en el culto Dios es adorado y los santos y María son venerados no tiene sentido para los protestantes (p. 197).

3. Suponen que de hecho en la Iglesia católica se diviniza a la Virgen María y a la Iglesia y hablan de un proceso de asimilación (Parallelisierung) de Jesús y María, que prácticamente concede a

<sup>3</sup> Se cita en nota LG n.º 62, pero debe citar n.º 65.

María casi el mismo rango y la misma función que a Cristo (pp. 190-191 y 194).

¿Qué se puede decir a todo esto? Creemos que no vale la pena rechazar las falsas acusaciones de divinización de María y queremos ceñirnos al tema específico de esta comunicación: la cooperación de María a la obra salvífica de Cristo.

## II.—ESBOZO DE UNA RESPUESTA

1. Cualquier respuesta católica, si pretende ser válida para los teólogos evangélicos, tiene que partir de la Biblia. Aquí no valen las especulaciones, pero sí tiene importancia el precisar bien los conceptos, porque con frecuencia la doctrina que rechazan los protestantes no es la doctrina católica, sino la que ellos presentan como católica. Tiene también un peso específico la tradición de los primeros siglos, puesto que el Documento afirma expresamente que admiten el «consensus quinquasecularis» (p. 188), aunque siempre bajo el control de la Sda. Escritura.

2. Una respuesta muy optimista la ofrece H. Schütte. Al final del trabajo concluye que las diferencias respecto a María no justifican la actual separación de las Iglesias<sup>4</sup>. No obstante es muy probable que ni siquiera entre algunos autores católicos halle plena adhesión su postura.

3. La respuesta bíblica sobre la cooperación de María a la obra de la redención me parece bastante sencilla y convincente, si se prescinde de ulteriores precisiones sobre el modo y naturaleza de esa cooperación. Hay que tener en cuenta que la obra salvífica de Cristo no se llevó a cabo solamente mediante su pasión, muerte y resurrección. Toda la vida de Cristo, desde su encarnación y nacimiento hasta su ministerio público y su resurrección tiene este carácter redentor. Negar desde estos presupuestos la cooperación de María equivaldría a negar la importancia soteriológica de la humanidad de Cristo.

4. La prueba bíblica debe partir del consentimiento libre de María dado en la anunciación. Ya desde los primeros siglos los Santos Padres han hecho resaltar el valor y la importancia de este consentimiento<sup>5</sup>. Es Dios quien toma la iniciativa, pero pide el consentimiento de la criatura y María se somete libremente al plan divino.

Este consentimiento libre de María resalta más, si lo compara-

<sup>4</sup> H. Schütte, 'Maria un die Einheit der Christen', en *Maria-Eine ökumenische Herausforderung* (Regensburg 1984) pp. 117-41. La conclusión citada en p. 134.

<sup>5</sup> Véanse los testimonios que recoge J. M. Bover, *Deiparae Virginis consensus, corredemptionis ac mediationis fundamentum* (Madrid 1942) principalmente pp. 36 ss.; 52 ss.; 275 ss.; 291 ss.

mos con casos análogos del A.T. En diversas ocasiones y en casos difíciles envía Dios un mensajero para anunciar el nacimiento de un hijo: Isaac, Sansón, Samuel, el mismo Juan Bautista. En ninguno de estos casos se pide el consentimiento del beneficiario, aunque se supone. Si se hace excepción en el caso de María, es porque el evangelista ha querido dar importancia a este consentimiento.

5. La participación de María en los sufrimientos y en el destino de Jesús, la deja entrever S. Lucas en la estrecha unión que establece entre Jesús y María ya desde su infancia. En la profecía de Simeón se contempla en una visión única el destino del hijo y de la madre: «Este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Y a ti una espada te atravesará el alma» (Lc 2,34-35).

La profecía se dirige a María, pero los sufrimientos de Jesús se adivinan a través de esta espada que traspasará el corazón de la madre. Esto indica la participación de María en los sufrimientos del Salvador<sup>6</sup>.

6. La Declaración ecuménica del VII Congreso Mariológico Internacional de Roma de 1975 admite que «el *fiat*, que conserva un carácter permanente, fue el libre consentimiento de María a la maternidad divina y, por consiguiente, a nuestra salvación»<sup>7</sup>.

7. No menos significativa es la aportación del IV Evangelio. El mismo hecho de señalar la presencia de María al comienzo (Jn 2, 1-12) y al final del ministerio público de Jesús (Jn 19, 25-27) reviste una importancia extraordinaria, pues se trata de la figura semítica de *inclusión*. Sabemos además que Juan habla a los cristianos de su tiempo y traspone a la vida terrena de Jesús las realidades eclesiales de final del siglo primero. Por lo mismo la intervención de María en las bodas de Caná y su presencia en el Calvario son paradigmáticas, e indican que en las comunidades joánicas de finales de siglo se reconocía a María cierta importancia en la vida de la Iglesia.

Por eso es también muy significativa la mención que hace Lucas de la madre de Jesús en medio de la primera comunidad de Jerusalén, que estaba esperando la «fuerza del Espíritu Santo» (Hch 1,14).

8. En nuestro artículo sobre el comentario de Lutero al Magnificat<sup>8</sup> indicábamos cómo la solución a esta grave dificultad de los protestantes la habían iniciado los mismos teólogos evangélicos. H.

<sup>6</sup> Cf. A. Feuillet, *Jésus et sa Mère* (Paris 1974) pp. 122-24.

<sup>7</sup> Texto francés oficial en *Ephemerides Mariologicae* 25 (1975) 423. Esta Declaración firmada por seis teólogos de diversas confesiones cristianas y por siete teólogos católicos recoge con generosa amplitud la doctrina católica de la colaboración de María a la obra de la salvación.

<sup>8</sup> D. Fernández, 'María en el comentario de Lutero al Magnificat', *Eph. Mar.* 33 (1983) 263-78, esp. pp. 275-78.

Asmussen dice sin remilgos que «no podemos tolerar un mediador entre Cristo y nosotros»<sup>9</sup>. Y sin embargo hace una distinción importante que puede ayudar a resolver la dificultad. Distingue entre una mediación de María *junto a Cristo* o *para con Cristo*, que es rechazable, y una mediación *en Cristo*, que es aceptable<sup>10</sup>. No necesitamos de una mediadora para con el mediador, pero no cabe duda de que Dios se comunica a través de las mediaciones humanas. María ha sido el instrumento elegido por Dios para hacerse hombre y comunicarse a los hombres. Es imposible negar una cierta mediación de María, aunque se pueda disentir en determinar la naturaleza de esa mediación.

9. El Concilio Vat. II, que conocía a fondo la posición protestante y se hizo cargo de sus objeciones, ofrece una vía plausible para superar la dificultad. Establece como principio fundamental que sólo hay un mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2, 5-6), pero afirma al mismo tiempo la mediación de María y añade que el oficio maternal de María para con los hombres no oscurece en modo alguno ni disminuye la única mediación de Cristo, sino que más bien muestra su eficacia (LG, 60).

¿Cómo se entiende esto? ¿Cómo es posible hablar de la única mediación de Cristo y al mismo tiempo de una mediación de María? Sencillamente distinguiendo diversos grados y diversos modos de mediación que son participación de la única mediación de Cristo. Y aduce como ejemplo ilustrativo el sacerdocio de Cristo y la participación de la bondad de Dios por las criaturas: «Porque así como el sacerdocio de Cristo es participado de varias maneras, tanto por los ministros como por el pueblo fiel, y así como la única bondad de Dios se difunde realmente en formas distintas en las criaturas, así también la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la única Fuente» (LG 62).

10. En la Declaración ecuménica de Roma se reconoce que «Dios ha querido asociar en diverso grado a la obra de la redención a los colaboradores creados, entre los que la Virgen María tiene una dignidad y una eficacia excepcionales»<sup>11</sup>. Sabemos que el concepto de alianza y de mediación recorre todas las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento. Se trata de un concepto universal que encontramos en todas las religiones<sup>12</sup>. San Pablo se considera como ministro de la reconciliación (2 Cor 5,18) y habla de los que han cooperado con él al Reino de Dios (Col. 4, 11). Hablando en este sentido general no

<sup>9</sup> H. Asmussen, *María, die Mutter Gottes*, 2 ed. (Suttgart 1951) p. 50.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>11</sup> *Eph. Mar.* 25 (1975) 423.

<sup>12</sup> Cf. G. Thils, 'Per una teologia di struttura planetaria. Mediazioni universali di salvezza e cristianità', *Cristianesimo nella storia* 5 (1984) 107-18.

creo que haya dificultad alguna en admitir una cierta cooperación humana a la obra de salvación. Los mismos teólogos y escrituristas evangélicos hablan en este sentido. Por ejemplo K. G. Steck: «María coopera ciertamente en la encarnación de Dios»<sup>13</sup>.

11. Creo que entre los teólogos evangélicos reina un pánico injustificado al *sinergismo* teológico. Piensan que lo que se concede a la criatura se niega a Dios. Y esto es falso. Precisamente hoy estamos convencidos de que la acción de Dios es la que fundamenta y posibilita la acción propia de la criatura. No hace Dios una parte y la otra parte el hombre, sino que la acción es toda de Dios y toda del hombre. La acción de Dios y la acción del hombre no se interfieren ni se anulan, sino que se exigen y se integran, porque actúan en diverso plano<sup>14</sup>.

En el fondo de esta cuestión late una diversa concepción filosófica, como muy bien ha señalado H. Chavannes<sup>15</sup>. Los teólogos evangélicos deben caer en la cuenta de que sus dificultades no provienen sólo de la fidelidad a la Biblia, sino de una mentalidad filosófica ajena a la mentalidad bíblica y a la filosofía de hoy. Parten de unos postulados filosóficos o teológicos rígidos que condicionan su interpretación de la Sda. Escritura. Y otro tanto ocurre con los teólogos católicos. Hay quienes quieren ver en la Biblia todos los dogmas y todas las verdades marianas que hoy profesa la Iglesia católica. Esto no es serio. Pero creemos que desde la Biblia no hay más remedio que admitir la cooperación de María a la obra de la salvación, dejando por el momento como opinión teológica cómo se debe explicar esa cooperación.

## La maternidad espiritual de María en la doctrina de Juan Pablo II

Por J. Colomina Torner

<sup>13</sup> K. G. Steck, *Was trennt uns von der römischen Kirche* (Wuppertal-Barmen 1958) p. 23. Otros textos de K. Barth y de K. R. Rengstorf en el mismo sentido en el artículo citado de H. Schütte, p. 121 y notas 19 y 20, p. 137.

<sup>14</sup> Cf. O. Pesch, art. cit., en *Mysterium Salutis*, IV/2, pp. 811 ss.

<sup>15</sup> H. Chavannes, 'La médiation de Marie et la doctrine de la participation', *Eph. Mar.* 24 (1974) 29-47; 'Les implications métaphysiques du caractère permanent du «fiat» dit par la Vierge', *Eph. Mar.* 26 (1976) 143-58.